

RECENSIÓN DE / REVIEW OF: Victorino Mayoral Herrera, Ignasi Grau Mira y Juan Pedro Bellón Ruiz (eds.). *Arqueología y sociedad de los espacios agrarios: en busca de la gente invisible a través de la materialidad del paisaje*. Anejos de Archivo Español de Arqueología 91, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 2021, 242 pp. ISBN: 978-84-00-10766-6.

**César Parcero-Oubiña\***

Este libro recoge 14 contribuciones sobre un tema, el estudio arqueológico de los espacios agrarios, incorporado a la agenda de investigación global de modo bastante continuado a lo largo de los años. En él participan algunos de los investigadores y equipos españoles que han mantenido una actividad más sostenida en este campo (hay apenas un par de contribuciones de autores no españoles). Los capítulos muestran casos de estudio (1, 2, 4, 5, 6, 10, 11 o 14), son de corte más metodológico (7, 9 o, en parte, 13) o más bien propuestas para el abordaje de análisis futuros (3, 8, 13 en parte). Solo el trabajo 12 (un estudio de varios grabados rupestres en el norte de la península ibérica), al margen de su interés, no termina de encajar en la temática del volumen. Casi todos los casos estudian espacios localizados en el sur y este de la península con contextos protohistóricos o de época romana (a veces medieval). Pese a lo genérico del título, el foco espacial y temporal del volumen es bastante claro.

Desde la introducción los editores señalan que su interés principal está no en la “mera” identificación de las formas de los espacios agrarios antiguos, sino en su lectura en clave histórica. Pero para alcanzar este objetivo los editores acentúan la importancia de la documentación: “representa todo un desafío aprehender la entidad física de este tipo de información, y de ahí nuestro énfasis en el concepto de «lo invisible»” (p. 11). Documentación e interpretación se han presentado frecuentemente como términos en contraposición, apostando por relegar la primera a una tarea técnica que carece de valor propio si no es como apoyo de la segunda (alguno de los textos de este volumen recoge esa visión). Creo que estos términos son algo engañosos. La mayoría de las contribuciones muestran que el salto cuantitativo en nuestra capacidad para documentar la evidencia material de estos espacios agrarios

puede verse como un salto de magnitud: no es que solo seamos capaces de reconocer más cosas, sino que podemos tener un panorama radicalmente diferente que nos obliga a modificar nuestros esquemas de comprensión. Comparto al respecto lo que los propios editores dicen: podemos documentar trazas de la actividad pasada no monumental, poner el foco (y un foco que empieza a dar luz) en las formas de vida del “90 % de las poblaciones del mundo preindustrial”.

Este salto de magnitud no es solo, ni principalmente, debido a la emergencia de las múltiples “nuevas tecnologías” (muchas ya difícilmente nuevas en 2022), sino más bien la combinación de dos factores. El primero es concebir el paisaje como objeto de trabajo, en lugar de centrarse solo en porciones específicas del mismo (yacimientos), un principio anhelado por mucho tiempo pero que no siempre resultaba posible llevar a la práctica. El segundo factor ha empezado a posibilitarlo al disponer de las herramientas conceptuales y materiales adecuadas. Esto es algo que inauguró hace décadas la llamada arqueología aérea y hoy es posible practicar con más eficacia gracias a la multiplicación de los conjuntos de datos y a su acceso (ya sean datos nuevos o históricos, como también ilustran algunos de los trabajos de este volumen). Pero además la multiplicación de herramientas es exponencial, y nuestra capacidad para rastrear el paisaje es incomparablemente mayor que hace unas pocas décadas. No querría que se entendiese esto como una claudicación ante el poder de la tecnología: como he dicho, la arqueología lleva tiempo diseñando marcos sólidos para el análisis de los paisajes antiguos, pero solo hace poco disponemos de las herramientas para llevarlos a la práctica.

Las contribuciones sobre los espacios agrarios como espacios sociales pueden agruparse en dos escalas espaciales (y, por extensión, de interacción so-

\* Instituto de Ciencias del Patrimonio (INCIPIT). Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Edificio Fontán, Bloque 4 Monte Gaiás s/n. ES-15707 Santiago de Compostela. Correo e.: [cesar.parcero-oubina@incipit.csic.es](mailto:cesar.parcero-oubina@incipit.csic.es) <https://orcid.org/0000-0003-3000-4232>

cial). Hay varios análisis locales (destacaría aquí los capítulos 2 de Grau y otros y 8 de Lechuga y otros). Otros abordan zonas más extensas y, sobre todo, con una visión más panorámica. Los primeros se centran en comunidades campesinas concretas como protagonistas de la acción, con una implicación directa con espacios específicos; los segundos en agentes más abstractos (el imperio romano, los grupos del Hierro II...) y con dinámicas temporales de escalas menos humanas. La pregunta es cómo casan estos dos niveles de aproximación con los objetivos que, de forma no muy diferente, se proponen todos los trabajos: reconocer las formas concretas de los espacios rurales, huyendo de clasificaciones genéricas. Como lector, encuentro los trabajos del primer grupo más convincentes para este objetivo. No me suponen un problema enfoques de escala diferente, con un zoom conceptual más general, más de pequeña-gran narrativa: simplemente ofrecen una visión distinta, distante, entendiendo los paisajes concretos como instancias de grandes procesos históricos un poco ajenos a sus actores locales directos. Si acaso, señalaría la contradicción entre el planteamiento y el resultado y aconsejaría un mejor ajuste entre ambos.

Destacaría del conjunto un par de ideas. La primera, formulada de manera explícita en varios sitios (2, 10, 11, 14), es que la construcción de elementos agrarios infraestructurales es clave en la dimensión política e histórica de los espacios agrarios. Lo son en tanto que una forma de materializar la territorialización del espacio y propiciar la larga duración futura de la ocupación campesina (creando una dependencia entre población y espacio). Esto, de entrada, no suena tan diferente de propuestas largamente discutidas acerca de la emergencia de instituciones políticas (p. ej. Wittfogel). Lo interesante, como varias contribuciones ilustran, es que estos procesos también pudieron ocurrir en espacios y comunidades pequeños y hasta “marginales” (como las zonas de montaña). Evidentemente esto encierra una gran diversidad en la escala y las formas, ya que no todos los agentes “ven como un estado” (Scott 1998). Entender por qué en unos casos dieron lugar a la consolidación de formas de dominación, pero en otros no es uno de los horizontes futuros más interesantes.

Una segunda idea es la posibilidad de unas lecturas del desarrollo de paisajes agrarios complejos por iniciativa estatal que trasciendan la más obvia finalidad de incrementar la productividad del territorio. La contribución de Palet y Orengo, que resume una larga trayectoria de trabajo en el nordeste peninsular, sugiere que las extensas centuriaciones romanas en esta región pueden entenderse más bien como parte de un proyecto político de implantación de un dominio visible, estable y perdurable, como la “recreación conceptual de la ciudad romana ideal” a escala del territorio. Esta idea se

alinea con una comprensión más matizada de los mecanismos de expansión estatal en distintas partes del mundo; en concreto, y trayendo un poco el agua a mi molino, no difiere mucho de recientes visiones acerca de la expansión inca en los Andes sur (Salazar *et al.* 2022).

Quizá uno de los principales desafíos futuros es hacer que estas historias conecten de manera más directa con asuntos relevantes en el presente. Una de las conexiones más típicamente reivindicadas tiene que ver con la conservación del paisaje, la sostenibilidad... Algunos trabajos aluden a ello, al constatar agresivos procesos de cambio reciente, un cambio que (sin duda con razón) es leído siempre en términos de deterioro y pérdida (4, 6, 8). Lo llamativo es el contraste que esto supone con el tratamiento de procesos análogos documentados en el pasado, que son expuestos de forma más bien neutra, descriptiva, o incluso valorados positivamente. Un par de ejemplos, tomados de manera casi aleatoria (el énfasis es mío): “entonces se inicia un *ambicioso proyecto* de desecación y posterior relleno de los espacios lacustres para *ganar superficie de cultivo*” (p. 157 –de hecho, quizá para implantar un cuasi monocultivo de cereales, cf. 162–), “muestra la importancia de la centuriación para la *mejora* de zonas húmedas” (p. 235). Compárese con los términos en los que se presenta el cambio del paisaje actual: “el paisaje tradicional ha sido *engullido* por el monocultivo del olivar y *alterado* por la construcción de balsas de alpechín y de regadío para el olivar” (p. 126). Sin duda tenemos un vínculo personal, subjetivo mucho mayor con lo que pasa hoy que con lo que estudiamos del pasado. La cuestión no es silenciar la voraz destrucción contemporánea del paisaje, sino mantener una perspectiva igualmente crítica sobre procesos análogos ocurridos históricamente (aunque puedan ser de escalas menores; Fernández-Götz *et al.* 2020). Creo que esa es una excelente forma de hacer relevante nuestro conocimiento para entender mejor el presente.

## BIBLIOGRAFÍA

- Fernández-Götz, M.; Maschek, D. y Roymans, N. 2020: “The dark side of the Empire: Roman expansionism between object agency and predatory regime”. *Antiquity* 94 (378): 1630-1639. <https://doi.org/10.15184/aqy.2020.12>
- Salazar, D.; Berenguer, J.; Castro, V.; Hayashida, F.; Parceros-Oubiña, C. y Troncoso, A. 2022: “Copper rich, water poor: Atacama during Inka Rule” En F. Hayashida, A. Troncoso y D. Salazar (eds.): *Rethinking the Inka: community, landscape, and empire in the Southern Andes*. University of Texas Press. Austin.
- Scott, J. C. 1998: *Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed*. Yale University Press. New Haven.